En el corazón de toda persona anida **la esperanza como deseo y expectativa del bien**, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. La esperanza nos permite superar las más diversas y duras adversidades y abrirnos a un futuro glorioso, asumiendo las responsabilidades con respecto al presente. Nuestra fe no nos cubre ni protege de toda adversidad, hasta es posible que las contrariedades aumenten. Pero los cristianos sabemos que las fuerzas de la vida triunfarán sobre las de la muerte y, por eso, esperamos confiados.

Y esta confianza ilimitada tiene su raíz en **Dios que nos ama**. Ese amor es el mismo por el que el Padre **entregó a su Hijo** a la muerte por nosotros, pecadores. Dios ha derramado su **Espíritu Santo** en nuestros corazones e irradia en los creyentes la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida.

La esperanza cristiana, de hecho, no engaña ni defrauda, porque está fundada en la certeza de que **nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino.** Esta esperanza no cede ante las dificultades, porque se fundamenta en la fe y se nutre de la caridad, y de este modo hace posible que sigamos adelante en la vida. San Agustín escribe al respecto: “Nadie, en efecto, vive en cualquier género de vida sin estas tres disposiciones del alma: las de creer, esperar, amar”.

San Pablo sabe que la vida está hecha de alegrías y dolores, que el amor se pone a prueba cuando aumentan las dificultades y la esperanza parece derrumbarse frente al sufrimiento. Para el Apóstol, **la tribulación y el sufrimiento son las condiciones propias de quienes anuncian el Evangelio en contextos de incomprensión y de persecución**. Pero en tales circunstancias, en medio de la oscuridad se percibe una luz; se descubre cómo lo que sostiene la evangelización es la fuerza que brota de la cruz y de la resurrección de Cristo. Y esto es posible por la **paciencia**: Dios es paciente con nosotros, y su paciencia mantiene viva la esperanza y la consolida como virtud y estilo de vida. Por lo tanto, aprendamos a pedir con frecuencia la gracia de la paciencia, que es hija de la esperanza y al mismo tiempo la sostiene.

Vivir a la espera de Dios es crecer en confianza. **La esperanza tiene un sujeto comunitario**: *“los que esperan en el Señor*”, como dice el salmista. El nosotros es el sujeto de la esperanza. Como Iglesia de Santiago, les invito a recorrer cinco itinerarios de esperanza hoy:

1. Fortalezcamos la firme convicción de que Dios es nuestra esperanza.
2. Ensanchemos el deseo de Dios y depuremos los deseos que nos alejan de Él. Somo fragilidad en esperanza, y la esperanza saca de las propias seguridades y certezas y encamina hacia ese Dios que se escapa de nuestro control y dominio. Estar delante de Dios esperándole y dejándole ser Dios es el mejor testimonio para este Año Jubilar.
3. Crezcamos en esperanza cuando todo puede invitar al desánimo, a la desesperación. Confiemos en el cumplimiento de las promesas de Dios y vivamos en tensión constante y esperanzada hacia esa futura promesa. La esperanza que viene de Dios y en él se apoya es fuerza para resistir, para aguantar, para no perder la paciencia, para vivirse con confianza en el futuro.
4. Dios cuenta con nosotros para llevar adelante su proyecto de amor, la mesa compartida del Reino. Ser testigos y peregrinos de esperanza, construir sentido y velar por la calidad de vida de casa persona es un imperativo moral que no admite demora.
5. La esperanza necesita de profetas y profetisas que se adentren y acojan el misterio de amor creador y liberador de Dios, y que, al mismo tiempo, comprendan la profundidad y complejidad de las situaciones de fracaso, muerte y destrucción, para suscitar en comunión, energías de compromiso en personas, grupos y comunidades, para avivar el fuego casi apagado de fraternidad y justicia que está en el corazón de toda historia humana.

Este entretejido de esperanza y paciencia es un camino que también necesita de momentos fuertes para alimentar y robustecer la esperanza, compañera insustituible que permite vislumbrar la meta: **el encuentro con el Señor Jesús**. Que la fuerza de esa esperanza pueda colmar nuestro presente en la espera confiada de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la alabanza y la gloria ahora y por los siglos futuros. Amén.